

La Europa de los quince: Una apuesta regional

M^a Belén VALCÁRCEL RODRÍGUEZ

La gran paradoja de este fin de siglo es que el planeta entero aparece desgarrado entre dos tendencias, en apariencia irreconciliables. De una parte, se dilata bajo el empuje de un neoliberalismo económico uniforme, que gana adeptos tras el fracaso del experimento del "socialismo real"; por la globalización de las comunicaciones (aunque nunca como ahora se ha evidenciado que la "sobredosis" de información no aporta necesariamente a la opinión pública las claves profundas de los acontecimientos) y gracias, también, a un nuevo orden mundial alumbrado por acuerdos como el GATT, destinado a eliminar de forma paulatina los "peajes" comerciales en más de un centenar de naciones.

De otra, el mundo se contrae, aplastado por la vuelta al confinamiento, a la patria chica, reducido a límites minúsculos por la tentación nacionalista regionalista. El fin de la bipolaridad y de la guerra fría cedió paso a una organización más compleja y flexible y a una inicial –aunque no duradera– relajación de tensiones en el escenario internacional. Un escenario que hoy no está controlado por ningún Estado, "nación", "raza", religión o cultura. La gobernabilidad del planeta se convierte en un complejo ejercicio de un nuevo tipo de liderazgo, acotado por un reparto equilibrado de las cargas, por una gestión pluralista de sistemas no centralizados.

La consecuencia inmediata de esa suavización de tensiones fue un espectacular avance de la economía mundial hacia la globalización, que contrasta con un paralelo y progresivo aumento de la integración regional y subregional. Este movimiento de parcelación –inicialmente económica, pero también, en alguna medida, política– entraña un riesgo: la consolidación de auténticas "fortalezas" –llámense Unión Europea, TLC, Mercosur o Asociación Comercial de Asia y el Pacífico–, donde la prioridad sean los intercambios interregionales frente a los multilaterales. La UE, como veremos, apuesta por una dimensión política y por tender "puentes" más allá de sus fronteras.

En el plano puramente político, al Estado-nación le han salido rivales dentro y fuera de sus límites territoriales, que debilitan poco a poco su cohesión. Diversas

corporaciones transnacionales y agrupaciones supranacionales ponen en jaque el poder del Estado tradicional, mermado además por la emergencia de una temible autoidad que opera en la sombra: los inversores, esa fuerza especulativa que, desde una terminal de ordenador, puede provocar el desplome de un gobierno o abrir, al menos, una imprevisible crisis política en menos de 24 horas (baste recordar tormentas monetarias como la mexicana, la española o la italiana, por citar las más recientes).

Por añadidura, ese Estado tradicional ve surgir en su interior la excrecencia tumoral del despertar nacionalista. Las fuerzas centrífugas surgidas intramuros, que casi siempre reivindican su credencial de nación, abocan, en los casos más dramáticos, a la desmembración. Las desintegraciones más emblemáticas –la de la URSS y la de Yugoslavia– ponen de manifiesto que asistimos a una partenogénesis, a una incipiente multiplicación de nuevos Estados. Las titánicas tensiones desatadas en la región por la voladura soviética o por la inacabada guerra balcánica amenazan con alimentar un pujante nacionalismo incendiario. Los rescoños de esta hoguera –disputas fronterizas, persecución de las minorías, irredentismo–, a las puertas mismas de la Unión Europea, propician el caudillismo imperialista de un Radovan Karadzic en Bosnia o un Vladimir Zhirinovski en Rusia (aunque el propio Yeltsin intenta ganar la partida del ultranacionalismo con aventuras bonapartistas como la guerra chechena).

En este mundo incierto, en muchas regiones hijo de un pasado autoritario y con frecuencia feroz, se sueña con pertenecer a alguno de los compartimentos, estancos o no, políticos o comerciales, en que inevitablemente se regionaliza el planeta. Así, mientras una minoría de la humanidad descifra, gracias a los avances de la astrofísica, nuevas piezas del rompecabezas cósmico, la inmensa mayoría, presa del vértigo, se atrinchera en el hogar, en el solar patrio y en la identidad diferencial.

Desaparecido el pulso dinámico entre liberalismo económico y estatalismo centralista, borradas las ideologías bajo el peso de una competitividad rampante y amenazadora, las nuevas crisis hallarán su principal germen, según Samuel P. Huntington, en el bautizado "choque de civilizaciones". El orden surgido hace apenas un lustro, aún en gestación, pasa por la demarcación geográfica de esos dos mundos, uno de los cuales parece trágicamente abocado, al menos de momento, a perder el tren de la prosperidad. Las dos últimas décadas han traído consigo una mayor desigualdad –si cabe, más acentuada en los años 90–, pero no ya sólo entre grandes áreas del planeta, sino en el interior de los países desarrollados.

El llamado choque de civilizaciones trasciende, pues, las fronteras territoriales y emana de otros límites determinantes: el "telón" es, hoy más que nunca, económico y subsiguientemente cultural, pero se alza dentro de los propios Estados, en la misma ciudad o aldea y, cada vez más, entre barriadas vecinas.

Esta emergencia de espacios de convivencia entre comunidades pertenecientes a culturas variadas –que, por ende, se enmarcan en niveles económicos bien distintos– puede favorecer la discriminación social o expresiones de xenofobia –lo que es mucho más grave– políticamente organizadas. La transformación de las fronteras externas en internas y el progresivo multiculturalismo alimentan el viejo racismo de siempre, que encuentra en el flujo constante de emigrantes un señuelo para capitalizar el descontento de las capas más bajas, marginadas y políticamente desorientadas.

Así pues, el "enemigo" no está sólo fuera, sino dentro y este proceso de afirmación de la diversidad –sea en forma de emigrantes que se constituyen como minorías pluriculturales y mal integradas, sea bajo la variante amenazadora de un nacionalismo desintegrador– alerta a las naciones más ricas sobre la idoneidad de un concepto que se abre paso con fuerza: la "prosperidad compartida".

Asimilar la diversidad y desactivar las actitudes racistas, si, pero, en paralelo, tender puentes al subdesarrollo. Compartir el bienestar con el Sur o –en el caso de Europa– con el Este, es tarea prioritaria. El pluralismo es la nueva forma del universalismo y el poder económico ya no es exclusivamente occidental. Aceptadas estas dos premisas, las naciones desarrolladas apuestan por articularse en grandes bloques regionales –para responder, por añadidura, al gran reto mundial de la competitividad– y por integrar en su interior a aquellos países del entorno susceptibles de generar inestabilidad política o emigración económica.

En una palabra, la deparación de barreras comerciales debe ser parte del proceso más amplio de eliminación de todas las barreras para la circulación de las ideas y de las personas. De esta forma se evitaría que, bajo la cobertura del liberalismo, se conformen nuevos bloques impermeables que mantengan en la miseria a la mitad del planeta, so pretexto de combatir el "dumping" social, defender los derechos humanos o preservar el equilibrio ecológico (un comportamiento perfectamente exigible a los futuros socios del "club de las democracias", pero sin incurrir en su proteccionismo comercial vergonzante). El auge del comercio y sus repercusiones en el crecimiento deben servir, entre otras cosas, para ampliar la cobertura social de las poblaciones más desasistidas. Así, frente a la consigna neoliberal: "Comercio, no ayuda", debería abogarse por un equilibrio entre el puro economicismo y la solidaridad.

Ejemplos de esta apuesta regional integradora no faltan. La mayoría de estos agrupamientos sectoriales es de orden comercial o económico, pero las hay con matices claramente políticos. Es el caso de la Unión Europea, hoy ampliada a quince miembros, en cuyo interior, subsisten debates como el de los defensores de la tesis intergubernamental frente a los federalistas, o la vieja polémica ampliación/profundización. Bruselas ha gozado de amplios poderes para crear el Mercado Único y abrir las economías de todos sus socios a la competencia. La política comunitaria ha

impuesto o impondrá la libertad de movimientos de mercancías, personas y capitales, la oferta de servicios profesionales, las telecomunicaciones, los transportes aéreos, la energía o el ambicioso reto de una auténtica política exterior y de seguridad común, que disipe el tópico del "gigante económico y enano político". La UE es mucho más, evidentemente, que un área de libre comercio, noción que no implica más libertad que la de comercio.

En las antípodas de este planteamiento (aunque una lectura más detenida revela también intereses nacionales y, por consiguiente, un contexto ciertamente político) se hallan varias uniones aduaneras, con vocación de grandes mercados, que, como la Europa de los Quince, han arrancado también a comienzos de este año. Es el caso del Mercosur (integrado por Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay) y del Pacto Andino (que cuenta con Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela). Además, el Tratado de Libre Comercio entre Canadá, Estados Unidos y México anuncia la próxima integración de Chile —el nuevo "dragón" de América Latina—, mientras se perfilan fechas para la creación de más amplios espacios de libre comercio: el año 2005 para el entero continente americano (como se anunció en la reciente "cumbre" de Miami) y el 2020 para la cuenca del pacífico. Todas estas iniciativas, decíamos al comenzar esta crónica, se gestan bajo el "paraguas" de la nueva Organización Mundial del Comercio, que trata de dejar expedito el camino hacia la libre circulación de servicios y mercancías en buena parte del planeta.

En cambio, pesan todavía demasiadas incertidumbres sobre el "embrión" de un mercado común desde Oriente Próximo hasta el norte de África, fundamentalmente por la precariedad del proceso de paz árabe-israelí y por el auge de la violencia fundamentalista. En cuanto a África —la gran perdedora— cuenta con una renqueante OUA, vaciada de contenido cuando se extinguió la noción de no alineamiento, y con el grupo de naciones de Lomé, que, de momento, sesteá en el subdesarrollo.

En su aspecto positivo, un mundo regionalizado puede alumbrar una cooperación planetaria mejor articulada (bloques quiere decir competencia, pero, ni mucho menos, enfrentamiento). Pero en el menos halagüeño, una parcelación de las líneas de fuerza políticas y económicas —en cuyo contexto no habría que olvidar asociaciones defensivas, como la propia OTAN— implica alineamientos que muchas veces son tan significativos por lo que dejan fuera que por lo que incluyen.

El paradigma de que la regionalización se hace a costa de grandes lagunas es, en el viejo continente, la extinta URSS y sus antiguos aliados comunistas. Se ignora aún cuántos de estos países engrosarán la cartera de clientes de la Unión Europea. Las diferencias entre todos ellos son apreciables, pero de esta incertidumbre hay que excluir a los alumnos más aventajados —como "los cuatro de Visegrado"—, que corten al club de Bruselas con fuertes posibilidades de contraer matrimonio. En cuanto al

aspecto de seguridad, del que hablaremos más adelante, contrasta el interés "atlántico" hacia los países de Europa central y oriental con su "indiferencia" hacia Rusia, cuya ambición por ingresar en la OTAN es un amor mal correspondido.

Entre el imparable poder alemán y el ocaso ruso, los Estados de la antigua órbita soviética coquetean en los Quince, pero lo hacen en condiciones desiguales. Un muro muy tenue separa hoy a checos, eslovacos, polacos y húngaros —que, mal que bien, pasan con éxito el examen de la economía de mercado— de rumanos, búlgaros o albaneses, condenados al furgón de cola. Los "elegidos" cumplen los requisitos exigidos por la UE: inflación y desempleo controlados, cuantiosas inversiones extranjeras y un crecimiento entre el 1,5 y el 4,5. Los demás países navegan a duras penas en las espesas aguas del crecimiento cero o negativo, cuando no se hallan abiertamente empantanados en un dique seco. Y es que la liquidación del sistema derribado, que ha legado una herencia miserable, está cuajada de dificultades cotidianas, porque toda reforma tiene un precio. Por eso no es de extrañar el desencanto por la incertidumbre económica y el creciente pesimismo de sus ciudadanos, aunque todos ellos sueñen con pertenecer al otro lado, llámese Unión Europea u OTAN.

De momento, el Consejo Europeo de Essen aprobó una estrategia de preadhesión de los Estados con mejores credenciales —los llamados "pecos"—, basada en un diálogo político estructurado y en la creación de una zona de libre cambio industrial, que facilite su adaptación a la economía de mercado y a las reglas comunitarias.

Parece lógico pensar que, si para ingresar en la Comunidad se ha requerido siempre a los candidatos que tengan "regímenes democráticos", no es disparatado que para acceder a la fase de Unión Monetaria, ya en camino, sus potenciales miembros tengan que acreditar que son regímenes democráticos "financieramente soberanos".

Una vez superado el cisma de una Europa fracturada, la cuestión de sus nuevos límites ha vuelto al primer plano de la actualidad. Los criterios para demarcar esas fronteras ¿deben ser geográficos, culturales, políticos o económicos? A las puertas de la Unión aguardan, impacientes, no sólo las demás Repúblicas fronterizas con la Europa del Este, sino la propia Federación rusa, las Repúblicas asiáticas y las del Cáucaso. ¿Es beneficioso desde todos los puntos de vista —político, económico, militar— integrar a estas naciones para contribuir al desarrollo democrático y a la estabilidad del todo el conjunto europeo?

La metáfora acuñada por norteamericanos y japoneses de una Europa convertida en fortaleza inexpugnable —una mala fama que obedece fundamentalmente al fuerte proteccionismo agrícola de Bruselas— se revela como una campaña burda para contrarretar el sueño de Jacques Delors de una "Europa sin fronteras". La reciente ampliación "nórdica" —gestada en un momento escasamente brillante, en plena rece-

sión económica y crisis en distintos gobiernos de los Doce— puso a prueba la credibilidad y capacidad de atracción de la UE y resalta la renovada vigencia del proyecto europeo.

La falta de impulso y liderazgo político no frenó la incorporación de los tres nuevos solventes socios, que no se arredraron por las contradicciones institucionales francesas, el deterioro español, la fragilidad parlamentaria de los Gobiernos alemán y británico o el siempre dudoso "experimento" italiano. Su ingreso era requisito previo para la aproximación al Este en que está empeñada Bruselas, prólogo de una ampliación más ambiciosa a una treintena de países que se irá sustanciando —con todas sus dificultades— en torno al año 2000.

Finlandia aporta su proximidad comercial e inmediatez física a Rusia; Suecia, su prestigio diplomático y Austria una cantera de más de 11.000 empresas mixtas con el antiguo universo comunista. La Europa de los Quince no sólo es atractiva en términos cuantitativos —porque, al tratarse de países contribuyentes, aumenta su potencial económico respecto a EE.UU y Japón— sino, sobre todo, desde el punto de vista político. En esta etapa de fragmentación/globalización, de retorno a las pulsiones nacionalistas, la UE constituye una referencia obligada para muchos pueblos.

Otra "laguna" en el mapa europeo es Noruega, cuyo rechazo erige también una frontera con Suecia. El "no", previsible tras aquél de hace 22 años, confirma que lo que se pone en juego en estos referendos sobre Europa no son tanto problemas generales de política mundial, sino cuestiones ligadas a la estructura económica y social interior. En el fondo del rechazo noruego late el descontento de los pescadores, el temor de los agricultores a perder sus subvenciones, el miedo de las mujeres (mayoría en el sector público) a perder su empleo y la convicción de que el país es autosuficiente económicamente gracias a la riqueza derivada del petróleo y el gas natural, recursos que permiten mantener un alto nivel de vida y un excelente sistema de bienestar social. Además de todo ello, la seguridad que da ser miembro destacado de la OTAN por su frontera norte con Rusia. En resumen, el "no" escandinavo ha sido un "portazo" nacionalista al selecto club de Bruselas.

En el plebiscito popular se decidía, nada menos, que sobre el "ser o no ser" de Noruega: en una parte importante de la opinión pública subyacía el temor a una pérdida de su soberanía, de su independencia y de su democracia en favor de la burocracia de Bruselas. En contra de estos recelos podría argumentarse que, al ingresar en la UE y gracias a su capacidad de codecisión, el país hubiera ganado peso internacional sin perder un ápice de su soberanía, salvaguardada por el principio de subsidiaridad. En cambio, como miembro del Espacio Económico Europeo, entrará no pocas veces en conflicto con la poderosa Europa de los Quince.

Existía, también, en la ciudadanía noruega miedo a un recorte sustancial del Estado del bienestar. Y es que en Europa, la consigna es: algo menos de bienestar, pero más empleo. Se pretende cuadrar el círculo lo imprescindible para disminuir el irreductible déficit público. Aunque el FMI, el Banco Mundial, la OCDE y los analistas privados ya han sellado el final de la recesión, sigue sin generarse empleo, no sólo para los que se incorporan por primera vez al mercado de trabajo, sino para los 17 millones de parados actuales.

Una nueva idea sobre esta cuestión se ha abierto camino: el crecimiento económico apalancado en el rigor presupuestario y monetario no bastará para reducir el paro. Se insiste, por ello, en la necesidad de continuar en la senda de una política rigurosa —que no repita los errores expansionistas de la pasada década—, basada en el control efectivo de los "déficit excesivos" como precondition para avanzar en la lucha contra la "hemorragia" de desempleados. La UE celebra el incipiente despegue económico, pero sin tirar la casa por la ventana.

Al viejo consenso sobre el "welfare state", que hasta hace bien poco hizo prosperar la economía del continente, sucede un nuevo consenso: el de la defensa de la competitividad amenazada. Las discrepancias políticas no giran en torno a ideologías, sino a los severos ajustes requeridos por el mercado internacional. Hoy se tiene la certeza de que sin competitividad no hay crecimiento y, sin crecimiento, no hay empleo.

Y sino que se lo digan a los suecos y los finlandeses, que acaban de atravesar un periodo recesivo de intensidad especialmente severa, con tres años consecutivos de crecimiento negativo del PIB y un paro en Finlandia del 20% en la primera mitad de 1994. Los efectos de este cuadro sobre algunos desequilibrios macroeconómicos básicos han terminado por cuestionar en la práctica el llamado Estado de Bienestar que estos países encarnaban. En cuanto a los criterios de convergencia que contempla el Tratado de Maastrich, ambos se enfrentan al extremado deterioro de sus finanzas públicas, si bien la situación de Suecia es más delicada, porque presenta más de un 90% de "stock" de deuda pública y un déficit público en torno a un 11%, frente a unas desviaciones más moderadas de Finlandia: un 70% del PIB y un 5%, respectivamente. Austria, por el contrario, exhibe un pleno control de sus desequilibrios económicos básicos, en consonancia con su estrecha vinculación económica y financiera con Alemania.

De todo ello resulta que, mientras con una mano Bruselas da la bienvenida a los nuevos socios —que consolidan la dimensión social de la UE—, con la otra empuña las tijeras que deberán "descrestar" el Estado del Bienestar. Una receta que no es exclusiva del continente europeo; con otra similar han "arrasado" los congresistas republicanos en los últimos comicios, al proponer el bautizado Contrato con América o, lo

que es lo mismo, desregulación a ultranza y fortísima reducción de los gastos sociales.

La UE, por tanto, muestra indudables claroscuros en el plano económico, a pesar de que en el Consejo Europeo de Essen se trazó un apunte sobre política de empleo y sobre una todavía nebulosa financiación de las ambiciosas redes de transportes y energía.

Pero la mayor "cojera" de la Unión es el clima de parálisis política en que se sume Europa Occidental. El probable nuevo inquilino del Elíseo, Edouard Balladur, carece de la necesaria autoridad, aunque se ha declarado un resuelto partidario del proyecto de construcción comunitario. Tendrá que superar la inevitable comparación con François Mitterrand, uno de los "arquitectos" del actual edificio de la UE. La división de los socios de gobierno de Helmut Kohl puede obligarle a recurrir a una gran coalición con la oposición socialdemócrata. La inestabilidad política en Italia, España y Portugal, por no hablar de las dificultades crónicas de John Major, lastran el diseño de una verdadera política europea. Además, el nuevo presidente de la Comisión, Jacques Santer, deberá demostrar que da la talla de un Delors.

Esta debilidad de gobierno, complicada por el hecho de que los problemas internos y externos se interaccionan, se produce en un mal momento para el continente. La flagrante impotencia ante el drama de Bosnia no por ser un lugar común deja de tener vigencia. Pero, además, Europa tiene en sus flancos meridional y oriental dos impredecibles desafíos: uno es Argelia y el otro es Rusia, país que sufre como ninguno el mal de una política menguada.

El conflicto de los Balcanes es un exponente de todas las contradicciones liberadas por la desaparición del manto comunista, que controlaba con mano férrea las pasiones nacionalistas. La UE, aunque sostiene un plan de paz formal, se encuentra desgarrada entre los diferentes objetivos de sus propios países, que casi nunca coinciden. Es claro que frente al apoyo que Alemania —el gran actor en la sombra del escenario balcánico— presta a sus aliados históricos (croatas y eslovenos), Francia, el Reino Unido y, en menor medida, España, aceptarían sin grandes aspavientos la hegemonía serbia.

En cuanto a los dos "grandes", contrastan las vacilaciones de Estados Unidos —que tan pronto respalda a los musulmanes bosnios como sólo tiene claro lo que "no se debe hacer"— con la determinación de Rusia en impedir toda iniciativa que pueda perjudicar a Belgrado o a los serbo-bosnios de la República de Pale. Maniobras que intentan capitalizar el papel de Moscú en la guerra yugoslava para regresar a la política planetaria por la puerta grande. Rusia quiere, abiertamente, volver a ser superpotencia: si su debilidad interior es evidente, la aparición en la Duma de una

fuerza ultranacionalista está empujando a Yeltsin a erigirse en campeón del antiamericanismo, un talante autoritario de imprevisibles consecuencias.

Con casi ningún conocimiento de economía y bajo la presión e influencia de líderes occidentales e instituciones financieras, Yeltsin sumió a Rusia en la aventura, demasiado arriesgada, de la "terapia de choque". Los desastrosos resultados de esta política, inducida desde fuera, han reavivado un sentimiento antioccidental que había desaparecido prácticamente desde 1991. La pobreza derivada del severísimo ajuste está en la génesis del neoimperialismo en auge.

Rodeado de consejeros extremadamente indecisos e irresponsables, Yeltsin se ha visto empujado por el malestar interno a la peligrosa trampa de Chechenia. Si opta por una larga guerra de guerrillas, que probablemente se extienda por toda la región norcaucásica, Rusia quedará arruinada política y económicamente y se fomentará el fundamentalismo islámico. Un regalo envenenado para la seguridad y estabilidad de Europa en ese flanco oriental, mientras en su flanco meridional se "cuece" la guerra larvada argelina.

Además, Yeltsin ha olvidado el papel desestabilizador que tuvo la guerra de Afganistán en el régimen comunista. Durante diez años controló Kabul el Ejército Rojo y al final se vio forzado a una retirada vergonzante. Corre el riesgo de que le ocurra lo mismo mañana con las ruinas de Grozni.

Esta sangrienta intervención amenaza con tener una víctima especial que sumar a combatientes chechenos, población civil y jóvenes reclutas rusos: la democracia. Los demócratas están cada día más marginados mientras retoman parcelas de poder e influencia los dirigentes del complejo militar-industrial y del aparato burocrático, bajo las banderas del neocomunismo o del ultranacionalismo. Involuntariamente, el paso del comunismo a la democracia se ha convertido en otra revolución autoritaria. En la práctica ha producido un cambio de élites (e incluso un cambio de piel de esa élite), pero no un cambio de cultura, de tradiciones y costumbres. El Estado sigue siendo igual de grande y trata de aplastar la sociedad con su peso. Aún hoy, lo que proporciona más ganancias no es la iniciativa privada normal, con sus riesgos, sino la proximidad al Leviatán estatal, a su propiedad y poder desmesurados. Todavía es temprano para hablar de sociedad civil en Rusia. Cuanto más se aparta Yeltsin del sendero democrático, más autoritario, voluble e imprevisible se vuelve. Un talante que le aleja de la imagen de "pilar de estabilidad" para convertirle en una clara amenaza de esa misma estabilidad. O, lo que es peor, la irritación de algunos sectores contra los demócratas se puede traducir, en las próximas elecciones, en el apoyo a algún aventurero o en la aceptación de una tentativa golpista.

Pero si en Bruselas preocupa el giro nacionalista de Rusia, parece haber llegado para la UE la hora mediterránea. Al hablar del diseño de la política exterior y de

seguridad común no puede ignorarse el fenómeno rampante de la inestabilidad asociada al auge del radicalismo islámico. Argelia encarna una de las manifestaciones más dramáticas de ese proceso de violencia integrista, cuyas ramificaciones políticas, sociales y religiosas han abocado al país a una de las crisis más graves desde su independencia, en 1962.

Acaparadas por sus propios problemas nacionales —elección presidencial en Francia, nuevo intento gubernamental en Italia y agonía en España de la larga hegemonía socialista— las opiniones públicas de los países meridionales de la UE sólo se estreman cuando un hecho violento afecta a sus intereses inmediatos. Y, sin embargo, la frontera sur de la Unión es una zona de grave riesgo para nuestra propia seguridad debido a un cóctel explosivo: "volcán demográfico, el lento crecimiento económico y la consecuente inestabilidad derivada del fundamentalismo y del conflicto árabe-israelí. El caso argelino obedece tanto a causas externas como internas, porque fue favorecido indirectamente por la política errática de algunos países europeos que aprobaron el golpe de Estado que invalidó las elecciones ganadas por el Frente Islámico de Salvación, con las secuelas de violencia y muertos —entre 20.000 y 30.000—, que todos conocemos.

La paz árabe-israelí y la toma de conciencia, por parte de los socios nórdicos de la UE —para quienes, hasta ahora, las relaciones con la cuenca mediterránea eran una pura entelequia—, de los riesgos que suponen las turbulencias en el norte de Africa, han permitido desempolvar la idea de una conferencia sobre esta región. La cita será en España durante el segundo semestre de este año 1995, en el que nuestro país ostentará la presidencia comunitaria.

El arranque de esta nueva política ha sido vertiginoso y supone, además de un diálogo político, la creación de una gran zona de libre cambio industrial y de servicios con los socios mediterráneos de la UE, a los que Bruselas otorgaría 870.000 millones de pesetas en ayudas financieras durante el último lustro del siglo.

A favor de esta rapidez ha jugado la presión de los países latinos comunitarios que, en este año y medio, se suceden en la presidencia de la UE por este orden: Francia, España e Italia. Países que no han dudado en aprovechar la urgencia alemana en acelerar la aproximación al Este para condicionar su voto a que ésta fuera "paralela", si bien no "mimética", a la apertura al sur Mediterráneo. La diferencia del tratamiento está en la meta: los norteafricanos nunca serán miembros de la Unión.

Con esta mirada al sur del particular Río Grande de la UE, se trata de atajar las razones políticas y económicas de la inestabilidad de algunos Gobiernos que carecen de la suficiente legitimidad. Y volvemos, por tanto, a la tesis de la prosperidad compartida y de que comercio, sí, pero al mismo tiempo ayuda.

La primera dificultad de esta nueva política mediterránea es que el Sur no existe como un todo articulado, a diferencia de lo que empieza a ocurrir con una latinoamérica emergente. En el diseño general habrá que encajar piezas sueltas, con dinámica propia: la adhesión de Chipre y Malta, la Unión aduanera con Turquía, los nuevos acuerdos con Israel, Túnez y Marruecos... por no hablar de otras, como Libia, que ni siquiera figuran en el tablero. Otra dificultad es que el "Mare nostrum", en su calidad de frontera, establece vecinos, pero también rivales y ello es particularmente cierto para los propios países latinos de la UE, que tienen "intereses encontrados" con algunos Estados del norte de África: España, por ejemplo, recela de las exportaciones agrícolas marroquíes y Grecia se enfrenta a Turquía por la "cuestión" chipriota.

Pero, al margen de las dificultades propias de esa nueva "ventana" meridional de la UE, lo cierto es que el club de los Quince no duda en acomparar la ampliación al Este con una sosegada apertura al Sur.

El "retrato-robot" de esta nueva UE muestra su atractivo político (a pesar de todo) frente a alternativas históricas basadas únicamente en el libre comercio, como la EFTA (una antesala de la Unión hoy semivacia, por donde deambulan, en espléndido aislamiento, noruegos, islandeses y vecinos de Liechtenstein). Amplía también su ventaja económica respecto de Estados Unidos y, con vocación claramente continental, empieza a ocupar el terreno, a rellenar los huecos que dejó desarticulados la liquidación del "telón de acero".

Como hemos visto, el primer espacio ocupado –aparte de la RDA– ha sido el de los países neutrales (Austria, Suecia y Finlandia), cuyo lugar en el mundo quedaba desdibujado tras el desplome soviético. Este argumento y su corolario, la necesidad de insertarse en un área estructurada ante los peligros de inestabilidad procedentes del mundo de Moscú (mafias, guerras étnicas y nacionales), fue decisivo en la integración de los tres nuevos socios. Pero, además, con ellos se rompe el hielo hacia los viejos antagonistas: Polonia, Hungría, Chequia, Eslovaquia, Rumanía y Bulgaria (los "pecos"), que ya se hicieron la fotografía de la preadhesión en Essen. Y las conversaciones con otros socios probables a medio plazo (Malta, Chipre y los bálticos) pespuntean el hilván de una Europa de hasta 30 naciones en el horizonte del año 2000.

Llegará también el mercado común con Mercosur (560 millones de consumidores) y las relaciones comerciales especiales con México y Chile, por no hablar de puentes diversos hacia el otro lado del Atlántico, que disuelven como azucarillo la imagen de la Europa amurallada.

Fuera de la Unión Europea, los fraccionamientos nacionales y la inestabilidad en las fronteras revelan un cruento forcejeo y la existencia de un vacío estratégico. Los

sucesos de Bosnia y los conflictos registrados en las Repúblicas de la periferia de la ex URSS evidencian un desorden que no puede ser corregido exclusivamente en un contexto defensivo. Ya no estamos en un mundo bipolar en el que la sencillez del reparto del poder hacía mucho más simple el control y el desenlace de los conflictos.

Las naciones de Europa del Este son hoy verosimilmente soberanas, esperanzadamente capitalistas y crecientemente democráticas. Rusia, en cambio, se debate entre un autoritarismo provocado por el nacionalismo asiático y la atracción que ejerce Europa, que la conduce hacia la modernización y normalización.

La crisis chechena demuestra la preeminencia del primero sobre la segunda y prueba lo peligrosa que puede ser todavía Rusia para sus vecinos. La Federación está cada vez más poseída por la sensación de acoso e impotencia ante la influencia perdida a lo largo de todo el perímetro del Estado. El giro nacionalista refleja la frustración por la penetración de otros Estados (política o económica) en zonas ex-soviéticas, cuyas aspiraciones no puede colmar Rusia debido a su propia crisis. En estas condiciones, el recurso más fácil es la violencia, que entra dentro de la lógica de quienes no se resignan al nuevo papel, más modesto, que puede desempeñar Rusia en el mundo.

La crisis chechena ha minado la autoridad política de Yeltsin, a quien le llueven críticas tanto desde posiciones liberales y democráticas como desde los medios nacionalistas y comunistas de su país. También puede acarrearle la pérdida de los amigos occidentales, que tanto le costó obtener.

A Occidente le interesa el Boris Yeltsin valedor del proceso de reformas. En cuanto a Europa del Este, lo que realmente necesita es seguridad económica y no defensa militar. Formar parte de la Unión Europea es mucho más urgente que ingresar en la OTAN. Y mucho más fácil que Rusia lo acepte.

La Federación rusa será siempre un rival para Occidente, si no forzosamente un enemigo, pero hay que evitar su aislamiento. De lo contrario, caeríamos en el peligro de deslizarnos por la pendiente de la "paz fría", sobre la que alertaba el propio Yeltsin, tras la luna de miel de la posguerra. La clave puede ser una UE reforzada – y renovada– que elimine los muros materiales e inmateriales en el continente. Una apuesta regional en un mundo cada vez más globalizado.